

Quince años del EZLN y la autonomía en Chiapas	Título
Almeyra, Guillermo - Autor/a	Autor(es)
OSAL, Observatorio Social de América Latina (Año 10 no. 25 abr 2009)	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2009	Fecha
	Colección
Indigenous; Autonomy; Zapatist Army of National Liberation; Zapatism; Comunidades rurales; Juntas de Buen Gobierno; Indigenas; EZLN, Ejercito Zapatista de Liberacion Nacional; Autonomía; Zapatismo; Rural communities; Mexico; Chiapas;	Temas
Artículo	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/osal/20110418085251/10alme.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



Quince años del EZLN y la autonomía en Chiapas

GUILLERMO ALMEYRA

Director de la revista OSAL, doctor en Ciencias Políticas, profesor de posgrado en la UBA, ex profesor de la UNAM y la UAM-Xochimilco.

Resumen

Este artículo rastrea los antecedentes de la constitución de la autonomía en el sur de Chiapas que concluyen en las Juntas de Buen Gobierno. De este modo, relata la migración hacia allí de distintos indígenas de varias etnias, sin tierra y peones sobrantes, en pos de su supervivencia, su desempeño como trabajadores rurales, pequeños campesinos y comerciantes y su formación política por medio de su relación con la Diócesis de San Cristóbal de las Casas, inspirada en la Teología de la Liberación, que recibió aliento con el Concilio Vaticano II. De allí que la embestida capitalista neoliberal haya encontrado un freno que ya venía preparándose incluso desde antes de la excursión a la selva de quienes fundarían luego el EZLN. Para concluir, se refiere el derrotero zapatista que llevó a la implementación de la autonomía de hecho y a la forma que ésta adquiere luego de 15 años de la insurrección armada asentada en las comunidades.

Abstract

This article tracks the background of the setting up of the autonomy in the south of Chiapas which concludes in the *Juntas de Buen Gobierno*. Thus, it tells the story of migration from several indigenous coming from various ethnic group, landless and redundant laborers, in pursuit of their survival, their development as rural workers, small peasants and merchants and their political education through their relationship with Diocese of San Cristóbal de las Casas, inspired by the Theology of Liberation, which was encouraged by the Council Vatican II. That is why the neoliberal capitalist clash has found restraint which had been preparing even long before the excursion to the jungle of whom would later found the EZLN (N of T: *Zapatist Army of National Liberation*). Finally, there is reference to the Zapatist guidelines that led to the implementation of the autonomy in effect and to the shape it took 15 years after the armed insurrection settled in the communities.

Palabras claves

Zapatismo, autonomía, EZLN, Juntas de Buen Gobierno.

Keywords

Zapatism, autonomy, EZLN, Juntas de Buen Gobierno.

Cómo citar este artículo

Almeyra, Guillermo 2009 "Quince años del EZLN y la autonomía en Chiapas" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año X, Nº 25, abril.

Han transcurrido quince años desde la rebelión de enero de 1994, en la región de Las Cañadas, del estado mexicano de Chiapas, que dio origen a los municipios libres zapatistas, posteriormente convertidos en regiones autónomas gobernadas mediante la democracia directa por cuerpos colegiados, elegidos y revocables en asambleas de las comunidades, que adoptaron el nombre de Juntas de Buen Gobierno, las cuales son independientes de los gobiernos estatal y nacional pero también del propio Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que las respalda, ayuda y protege.

Sobre el zapatismo en Chiapas, incluso sobre las Juntas de Buen Gobierno, se ha escrito mucho aunque, en general, son pocos los trabajos analíticos¹. Muchos de ellos subestiman dos factores fundamentales tanto para la rebelión indígena y su radicalismo como para su resistencia y persistencia a pesar del cerco militar, del aislamiento político y, sobre todo, de la miseria creciente de quienes se sublevaron porque preferían “morir de un balazo a morir de diarrea”.

Esos factores son, en primer lugar la composición pluriétnica y pluricultural de los habitantes de Las Cañadas, y en segundo la vieja politización y organización de los indígenas, antes de la creación del EZLN, por los sacerdotes progresistas e influenciados por el Concilio Vaticano II agrupados en la Diócesis de San Cristóbal de las Casas y dirigidos por el obispo de ésta, Samuel Ruiz.

A la Selva Lacandona y a Las Cañadas acudieron, en efecto, los sin tierra y peones “excedentes” de las demás regiones y los que buscaban liberarse de los terratenientes colonizando el monte. Allí confluyeron por consiguiente jóvenes enérgicos de todas las etnias, incluso de algunos grupos indígenas de Estados lejanos expulsados de sus tierras anegadas por represas. Todos ellos esperaban rehacer su vida en las fértiles tierras tropicales de Chiapas. Eso favoreció los matrimonios interétnicos, la solidaridad de los pioneros en un medio hostil que hay que conquistar, la comprensión del Otro. Esta colaboración común de diversos grupos étnicos no se encuentra en otras zonas de Chiapas, que son mucho más homogéneas, ni en otros estados del país, donde la población es mayoritariamente mestiza. La misma característica demográfica y cultural permitió pasar fácilmente del concepto de miembro de una etnia de “hombres verdaderos” (como se llamaban a sí mismos los tojolobales, subentendiendo que los demás eran inferiores) al de “indígenas” o “pueblos originarios”, una abstracción superior que permite la unión y la solidaridad.

Al mismo tiempo, las comunidades en su historia habían ido debilitando el poder de los frailes y de los curas –que eran terratenientes colectivos– esgrimiendo su visión propia de la religión cristiana, organizando frente a la iglesia las fiestas que ellos mismos, y no el cura, hacían en honor al Santo Patrono, así como el Carnaval, día de burla y de protesta contra los poderosos, o convirtiendo el diezmo original en un aporte a su sistema organizativo comunitario de cargos. Las comunidades de hoy se encontraron así más fuertes frente a la Iglesia y, además, a partir de los años sesenta hallaron en un sector de los sacerdotes y frailes un poderoso aliado.

En 1968 se realizó el Concilio de Obispos Latinoamericanos de Medellín, que trajo para la región la renovación política y cultural de la Iglesia católica promovida por el papa Juan XXIII en el Concilio Vaticano II². Pero ya desde 1961 los Hermanos Maristas habían comenzado a predicar en Chiapas, con el apoyo

del obispo de San Cristóbal de las Casas, Samuel Ruiz, que había llegado desde Michoacán para integrar y castellanizar a los indígenas pero terminó por aprender sus lenguas y por ayudarles en su organización. Esa parte de la Iglesia predicaba la fuga de Egipto (o sea, el abandono del capitalismo) para llegar a la Tierra Prometida (es decir, a un régimen de justicia, libertad e igualdad) y formó nada menos que 400 prediáconos y ocho mil catequistas a quienes no sólo enseñó a leer y escribir sino que también construyó como líderes comunitarios.

De este modo se formó una nueva intelectualidad indígena de base que escapó del poder tradicional de los ancianos y de las estructuras del partido gubernamental —el Partido Revolucionario Institucional, PRI— que cooptaba líderes indígenas y los transformaba en caciques locales. Las asambleas comunitarias se politizaron y el sistema tradicional y religioso de cargos que marca la vida de un indígena varón se llenó de contenido político sin por eso perder su sentido original.

“Se formó una nueva intelectualidad indígena de base, que escapó del poder tradicional de los ancianos y de las estructuras del partido gubernamental.”

México y el mundo vivían, desde 1968, una nueva fase más radical en un momento todavía de crecimiento económico que acabará diez años después. Los indígenas eran también obreros, campesinos, comerciantes y algunos comenzaban a ser seminaristas. Estaban integrados en los mercados de trabajo como jornaleros mal pagados, en el mercado de productos, por la compra de sus insumos y la venta de su producción a intermediarios explotadores, en el de crédito, por la usura a la que debían recurrir. No vivían en comunidades aisladas sino que conocían los efectos del capitalismo pues hacía rato que habían dejado de practicar una agricultura de mera subsistencia. Por eso comenzaron su protesta masiva como productores, como campesinos y pequeños comerciantes, no sólo porque todavía no osaban proclamar orgullosamente su pertenencia étnica (ser considerado indios en los años setenta era una vergüenza) sino también porque sus luchas (contra los bajos precios del maíz, por ejemplo) les unían y, además, les permitían contar con el apoyo corporativo de la Confederación Nacional Campesina, dependiente del PRI.

Éste y el aparato estatal intentaron contener y canalizar esta rebelión creciente, al mismo tiempo que la Diócesis de San Cristóbal de las Casas buscaba apoyarse en ella y dirigirla. El primer Congreso Nacional Indígena, de 1974, en San Cristóbal, realizado veinte años antes del levantamiento del EZLN, contó así con la mano interesada de dos fuerzas institucionales, pero hizo aparecer el problema étnico con enorme fuerza.

Sin embargo, no hay que engañarse: la rebelión indígena en Chiapas es, efectivamente, indígena, pero no es únicamente étnica. Fue preparada por una lucha sindical, política y de autoorganización local religiosa anterior en decenas de años a la aparición en Chiapas del EZLN en 1984, y al estallido de 1994. Los jóvenes militantes urbanos que se retiraron al sur y colaboraron con la diócesis de San Cristóbal en la organización campesina realizaron, sin duda, un importante aporte político pero fueron formados por comunidades ya politizadas y con cuadros pro-

pios provenientes de otras experiencias, como los actuales comandantes zapatistas que fueron seminaristas. Y en enero de 1994 no se levantó tampoco una informe “multitud”, como cree Antonio Negri, sino un sector de trabajadores (obreros eventuales, trabajadores rurales, pequeños campesinos) formados durante décadas en la lucha de clases legal, sindical, democrática y que formaron parte de la gran rebelión cívica de 1988 detrás de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas.

Eso diferencia a estos indígenas de las zonas zapatistas de otros que, en otras regiones, también viven en comunidades pero siguen cursos políticos diferentes. Las comunidades zapatistas, en efecto, son nuevas, fueron creadas por los pobladores cuando no existían, buscan construir el futuro, no recurrir al pasado. Basta comparar el mapa de las regiones zapatistas en Chiapas con el de las tres diócesis católicas que abarcan ese Estado para ver que aquéllas coinciden con los lindes de la diócesis de San Cristóbal, donde a diferencia de las otras predominaban los religiosos ligados a la Teología de la Liberación. En la evolución política de los indígenas que serían zapatistas, por lo tanto, influye la crisis de las grandes instituciones y, en particular, la crisis de la Iglesia católica, tradicionalmente ligada a los terratenientes pero en la que un sector se abría a los nuevos aires imperantes en el mundo en ebullición. La idea de los campesinos medievales europeos del Buen Gobierno, por ejemplo, llegó a ellos por medio de la Iglesia, así como la idea de la legitimidad de la rebelión contra la opresión que defendían los Padres de la Iglesia; y es también esa fuente la que les ha dado una visión propia de la historia. Por eso su líder mítico no es maya sino nahua y moderno: el general revolucionario Emiliano Zapata. La rebelión zapatista en Chiapas será el resultado de la subsunción del mundo campesino por el capitalismo, para el cual las comunidades, así como las solidaridades antiguas, son algo que hay que destruir. También es el resultado de la crisis de las instituciones encargadas de asegurar el Orden (Estado e Iglesia) a partir de 1968 y de la radicalización de vastos sectores de las clases medias urbanas, laicos o religiosos y, sobre todo, de la fusión de todo eso, a partir de fines de los años setenta, en la gran ofensiva mundial contra los trabajadores y los oprimidos conocida con el nombre de mundialización y de neoliberalismo. La mundialización dirigida por el capital financiero amasó en efecto las condiciones para el estallido rebelde de 1994, pero también –mediante la influencia de los levantamientos indígenas de Bolivia y sobre todo de Ecuador y las luchas sociales e ideológicas en México durante ese período– colocó a Chiapas en una corriente mundial de transformaciones de las viejas condiciones de existencia y de resistencia popular y comunitaria a las mismas.

La autonomía indígena en Chiapas

El levantamiento de enero de 1994 fue preparado largamente por las comunidades zapatistas de Chiapas y fue el resultado de un largo trabajo de convencimiento a la luz del fracaso de las experiencias continuas y persistentes de ejercer presiones legales para resolver los problemas de aquéllas. Al no tener éxito en sus esfuerzos legales, las comunidades resolvieron seguir la vía del levantamiento.

Los indígenas jamás rechazaron, en toda su historia, las vías legales o de las instituciones, y las mismas comunidades zapatistas intentaron en vano con una marcha hacia la ciudad de México –la Marcha del Color de la Tierra– imponer en

el Parlamento nacional una reforma de la Constitución, reconociendo así tanto a las Cámaras como a las leyes. Pero la represión militar, primero, y el rechazo a sus exigencias legales, después, les reafirmó la necesidad de crear otras instituciones, otra Justicia, el germen de nuevas relaciones estatales.

En el zapatismo chiapaneco hay dos corrientes que coinciden en muchas cosas y se entrecruzan, pero no son idénticas: la politización y la democracia directa de las comunidades y la organización del EZLN, como grupo político armado, con una disciplina vertical y un “vocero” que no es tal porque jamás consulta a sus mandantes sobre lo que va a decir, aunque, *a posteriori*, puede contar con el consenso de aquéllos, amplio y basado en la confianza en los problemas que los indígenas no dominan, o cuestionado en lo que ellos tienen de experiencia. Una cosa son las comunidades, otra el EZLN, que de ellas extrae militantes y fuerza política. Una tercera los zigzagues políticos y la verborrea del subcomandante Marcos, contenida sólo cuando las comunidades imponen el silencio. Las comunidades construyen a largo plazo sus instituciones y su pensamiento, no sin la influencia del EZLN pero no dependiendo de éste ni de Marcos y tanto el EZLN como el subcomandante en buena medida subestiman el proceso, lento y casi invisible, de autoorganización de aquéllas.

Esto podría parecer una afirmación apresurada, pero en enero de 1994 el objetivo político declarado fue derrotar en lucha armada al ejército y llegar a la ciudad de México y conquistarla y durante años la reivindicación de la autonomía no figuró en primer plano entre las consignas centrales del EZLN. Recién después del fracaso de los intentos de crear un frente nacional con otras fuerzas políticas y de la imposibilidad de lograr que el Parlamento reconociera los derechos y la cultura indígenas, el zapatismo chiapaneco –unido estrechamente a las comunidades– se abocó a la creación de las Juntas de Buen Gobierno (o Caracoles) apoyadas en asambleas, y se lanzó a la organización de estructuras institucionales paralelas.

En los municipios zapatistas en rebeldía, las autoridades son elegidas y revocadas en asambleas y son también las asambleas las que nombran a los encargados de la tarea colectiva de educación, sanidad, justicia y relaciones con otras comunidades. Los municipios, a su vez, escogen representantes –igualmente revocables– para las Juntas de Buen Gobierno, que coordinan las comunidades de las distintas regiones. Los indígenas ejercen los cargos en forma rotativa y, puesto que su tiempo en los mismos es breve, no pueden convertirse en “especialistas” en un tema, lo cual es una desventaja que en parte suple la experiencia continuada durante años del comandante local del EZLN, que les asesora. Pero la rotación tiene, en cambio, la ventaja de permitir que un número amplio y creciente de miembros de la comunidad aprenda funciones de gobierno y aprenda también a discutir y a encarar los problemas técnicos y administrativos.

La autonomía no puede lograrse en el ámbito de una comunidad pobre y aislada y debe ser generalizada por lo menos a toda una vasta región, sobre todo cuando la influencia de la crisis llevó a muchos jóvenes a emigrar y, ahora, cuando la emigración ya no es una perspectiva, impone terribles restricciones económicas que han impedido reducir la pobreza en las zonas zapatistas. El cerco policial-militar reduce también los márgenes de la autonomía. Pero en el campo de la sanidad, con la prohibición del alcoholismo, las drogas y la prostitución y con la

creación de grupos de parteras y centros de sanidad locales, la autonomía sustituyó las carencias del Estado, mientras la educación en autogestión desarrolló en los jóvenes el orgullo por su origen y por su lucha, impidiendo el asimilacionismo oficial, destructor de la identidad indígena.

En el sur mexicano se crece rápido. Los que eran niños y niñas cuando la rebelión de 1994 se educaron y formaron en la democracia directa y tienen ahora hijos; son además la nueva generación de cuadros del EZLN, más educados que los anteriores entre otras cosas porque la pequeña agricultura no permite el aislamiento porque no se puede vivir de ella todo el año, lo cual obliga a salir a buscar trabajo en el mercado capitalista.

Esta nota sobre el mantenimiento de las zonas autónomas a 15 años de enero de 1994 deja voluntariamente de lado la constitución por el EZLN de la organización titulada la Otra Campaña para marcar el rechazo a las elecciones nacionales y a las campañas de los partidos, así como los problemas políticos y sociales, para el EZLN y todo México, pero en particular para las comunidades, que están aisladas como nunca, que derivan de la negativa a hacer acciones comunes por objetivos compartidos con otras fuerzas sociales y, también, de la falta de estudio de las luchas indígenas y populares en otras partes de América Latina. Todas estas cuestiones desbordan el tema de esta nota, que es destacar la permanencia de las experiencias autónomas en las regiones zapatistas de Chiapas (así como también en otras regiones indígenas y zapatistas de México, pero no controladas por el EZLN).

Notas

1 Entre los más útiles conviene leer a Neil Harvey 2000 *La rebelión de Chiapas. La lucha por la tierra y la democracia* (México DF: Era); Luis Hernández Navarro 1995 *Chiapas: la guerra y la paz* (México DF: ADN) y a Guillermo Almeyra y Emiliano Thibaut 2006 *Zapatistas. Un nuevo mundo en*

construcción (Buenos Aires: Maipue).

2 Todas las líneas siguientes, hasta el subtítulo, repiten en otra forma los argumentos expuestos en *Zapatistas. Un nuevo mundo en construcción*, que contiene la información acerca de los documentos citados.